

Déficit

El Sistema y su Credibilidad

LORENZO MEYER

SE debe reconocer que, pese a la difícil situación vivida por ellos durante poco más de seis años, los dirigentes de nuestro sistema político no han perdido su sentido del humor. Un ejemplo notable fue la ceremonia del viernes pasado en la Reunión Nacional de Funcionarios Electorales. En ella se le encomendó al secretario de Gobernación que, en su carácter de presidente de la Comisión Federal Electoral, diera contenido a la "decisión inquebrantable —del gobierno de la República— de cumplir estrictamente con la ley"; el objetivo, se dijo ahí, es que el próximo proceso electoral "recoja con eficacia la voluntad popular". Bueno, como declaración de intenciones no está mal, pero desafortunadamente las experiencias recientes y lejanas no le dan mucho sustento.

★

A estas alturas es imposible confiar en afirmaciones como las hechas ese día por el titular de Gobernación, en el sentido de que el gobierno que él representa no escatimará recurso alguno para lograr unas elecciones confiables. Sobre esta afirmación y otras similares se proyecta, imponente, la sombra de una historia de comicios que desembocaron en victorias dudosas del partido del Estado. Así pues, hoy es extraordinariamente difícil que una victoria electoral del gobierno el próximo 6 de julio no sea puesta en duda, incluso si fuese real, como posiblemente suceda.

La credibilidad en materia electoral que este sexenio empezó a acumular en sus primeros tiempos no había llegado muy lejos cuando se derrumbó como resultado de la sospecha de un fraude masivo en el norte —particularmente en Chihuahua— y en Juchitán. Y ahora que tanto el

gobierno y la sociedad en su conjunto necesitan con urgencia dar legitimidad a una sucesión presidencial realmente complicada, resulta que no existe el mínimo indispensable de credibilidad para dirimir el conflicto entre el gobierno y los opositores por la vía normal de muchos otros países: la del simple anuncio oficial del resultado de la votación. En fin, me temo que en materia electoral y por lo que a la opinión pública mexicana respecta, le toca al gobierno demostrar de manera activa y efectiva su honestidad y lo imparcial en el mane-

jo del proceso, ante una sociedad justamente desconfiada y muy renuente a aceptar por buena la palabra de sus autoridades.

Mi falta de imaginación me impide sugerir cómo podría el gobierno, a estas alturas, recuperar en el tiempo adecuado una credibilidad electoral que, para empezar, ni en el mejor momento ha existido en las cantidades adecuadas. En cambio —y desgraciadamente— no me es difícil imaginar circunstancias en que la situación se pudiera volver más difícil de lo que ya es. Para ello bastaría, por ejemplo, que el partido del Estado intentara un triunfo con un porcentaje contrario al sentido común, como el que ya se anuncia en algunas encuestas de origen sospechoso o en las promesas de lograr 20 millones de votos priistas.

★

EN resumen, para seguir adelante y por el buen camino con nuestro difícil pero urgente proceso de modernización política, necesitamos que la próxima elección presidencial sea creíble dentro y fuera de las fronteras mexicanas. Sin embargo —y por el momento—, es obvio que no contamos con los instrumentos para ello. En las actuales circunstancias, sólo es posible una solución imperfecta: que el gobierno y su partido sean particular, desusadamente, escrupulosos en los comicios y, sobre todo, en el conteo de los votos. La oposición, por su parte, deberá ser igualmente cuidadosa en recabar pruebas claras antes de gritar "fraude", pues ningún interés partidario puede justificar poner en peligro la aún posible evolución pacífica de nuestro proceso político.

Y ya que de Chihuahua y de credibilidad se trata, hay otra cara de este multifacético problema que de ser tratar. En su visita a esa entidad, la semana pasada, el candidato del PRI a la Presidencia de la República dijo: "No he de resistirme al cambio; lo encabezaré". Creo que el propósito expresado en esa contundente afirmación es tan loable como lo dicho por las autoridades en la Reunión Nacional de Funcionarios Electorales, pues a pocos puede caber duda de que México necesita ur-

Déficit.- El Sistema

Sigue de la página siete

gentemente de cambios positivos en todas las áreas de su vida política, social y económica.

Desafortunadamente, esa promesa de cambio por parte del candidato del partido del Estado es algo que tampoco se puede aceptar de manera incondicional. Dicha promesa se viene oyendo puntualmente cada seis años desde, por lo menos, 1969. Fue entonces cuando Luis Echeverría sorprendió al Mandatario saliente, Gustavo Díaz Ordaz, y a una buena parte del establishment

político, con un espectáculo llamado al cambio, que incluía una denuncia no muy velada de la política del pasado inmediato. Los estilos fueron diferentes, pero también en su momento José López Portillo y Miguel de la Madrid se presentaron como abanderados del cambio ante unos electores insatisfechos con el *statu quo*. Sin embargo, y finalmente, las acciones llevadas a cabo por cada uno de ellos no correspondieron, ni con mucho, a las promesas hechas en la campaña. Ante esa experiencia, ¿cuáles son las razones

para suponer que esta vez las promesas de renovación sí van a tener contenido?

Ya lo he dicho aquí antes, pero es imposible evitar repetirlo: hasta el momento —y excepto por el discurso— Carlos Salinas ha hecho pocos cambios. En efecto, la forma de la campaña priísta actual sigue casi puntualmente las líneas tradicionales, es decir, las del no cambio. Para empezar, está el proceso utilizado con objeto de hacer de Carlos Salinas el candidato oficial. En un primer momento, pareció contener elementos nuevos: una verdadera confrontación abierta entre los aspirantes a la candidatura del PRI; pero a fin de cuentas las llamadas "comparecencias de los seis priístas distinguidos", sólo sirvieron como un tenue velo para cubrir el procedimiento acostumbrado: aquel en virtud del cual el Mandatario saliente nombra a su sucesor sin consultar con nadie más que consigo mismo. Hecha la selección del candidato por la vía de siempre, vino la etapa de integrar al equipo que aspira a cargos de "elección popular" y que le acompañará en las boletas electorales; en este equipo no hay muchos aires nuevos. El ejemplo más conspicuo del triunfo de la tradición sobre la renovación es haber postulado a Joaquín Gamboa Pascoe para senador de la República; y Gamboa no es una de las excepciones sino simplemente el caso más espectacular de la fuerza de la tradición.

Como es evidente para todos, las manifestaciones multitudinarias del PRI continuaron haciéndose con la levadura tradicional: a base del "acarreo" y de los impresionantes recursos materiales de que dispone el candidato del PRI gracias a lo borroso de la línea que separa al gobierno de su partido, confusa división que arranca desde

la época de Emilio Portes Gil y de su intento de llenar las arcas del recién nacido partido oficial con una contribución de los burócratas descontada por nómina.

En realidad, hasta el momento, quienes han realmente encabezado el cambio son los líderes de la oposición, en particular Cuauhtémoc Cárdenas y Manuel J. Clouthier. Lo verdaderamente nuevo en materia política en México en este momento es la existencia de una oposición de izquierda y otra de derecha, con presencia nacional y masiva. En mi opinión, es justamente este hecho —que si bien trae aparejados algunos peligros, significa la esperanza de una forma nueva y superior de hacer política en México— lo que ha servido de acicate a las propuestas de transformación dentro del partido oficial. Sin el vigor de los opositores, el discurso priísta del cambio

y su Credibilidad

difícilmente se hubiera dado con tal fuerza.

Es verdad que los programas de gobierno de la oposición no son del todo nuevos ni muy específicos y que algunas de sus propuestas no resisten la fría confrontación con las cifras y los hechos. Sin embargo, por el momento eso es secundario. Lo verdaderamente importante, lo vital, es que la oposición —en particular la de izquierda— tiene la oportunidad de conquistar un espacio importante y que puede ser duradero si sabe mantenerse unida, organizada, fiel a su proyecto original pero, a la vez, realista y flexible.

Como ya ha sido señalado, después del Partido Comunista de la Unión So-

viética, es el partido de Estado que surgió en México en 1929 la organización que por más tiempo en el siglo XX ha ejercido el control ininterrumpido y prácticamente absoluto de un país. Es tiempo de cambiar a formas más plurales y saludables de organización política. Por el momento, el ritmo del cam-

bio en ese sentido lo marca la oposición, porque se ha hecho creíble como alternativa inmediata o futura para un número importante de mexicanos. Y al aproximarse el 6 de julio, esa es la credibilidad que más cuenta; después, quién sabe, quizá hasta el PRI logre renovarse.

★

P. D. Agradezco a don

Manuel J. Clouthier que me haya incluido en la terna de posibles secretarios de Relaciones Exteriores de su gobierno, pero desafortunadamente no creo que sea yo la persona más adecuada para el cargo, pues nunca he compartido la visión del mundo que anima al PAN; la entiendo y la respeto, pero no es la mía.